

morales recorrió desde Lyon á Mesina, predicando la buena nueva revolucionaria como un jesuíta de Oriente ó como un predicador de Palestina. Y su estilo resucita la naturaleza viva. Junto á una sublimidad de profeta se halla una bufonada de payaso. Diríase que Luciano y Aristófanes se habían vestido de penitentes y se iban á beber inspiraciones en las losas sepulcrales de las iglesias sin haber abdicado por eso de sus gracias y de su donaire. Pero, ninguno de aquellos que maldijeran á Jerusalén apóstata ó que abrasaran en fuego del cielo á Nínive y á Babilonia, convirtiendo los tiranos en brutos, llegó hasta la elocuencia de Chalier. Juez de día en los tribunales revolucionarios, clubista nocturno en las sociedades demagógicas, reveló por medio de apocalípticos discursos todo el mal que había encontrado en Lyon, y estas revelaciones le amargaron la vida y le trajeron la muerte. Poco político, nada experto; exaltadísimo hasta la demencia; juez que parecía un verdadero combatiente, combatiente que parecía juez; con poemas apocalípticos en la cabeza y palabras sibilinas en los labios; por el aire levantado como aquellos místicos de la Edad Media, sostenidos contra la gravedad por alas de ángeles invisibles que eran sus propias tenaces aspiraciones; violento sin tregua y sin reposo, como si la violencia no se gastase y se gastase de prisa; pontífice de una religión oral; revelador de un cielo materialista guardado aquí en la tierra; jefe de una sociedad religiosa, no tuvo en materia ninguna la necesaria medida, y cayó mil veces en el mal y en el sofisma por exceso de amor al bien y á la verdad.

En el contrasentido que movía la grande agitación lionesa, no supo Chalier jamás orientarse. Hay más lógica en cualquier inspiración desordenada de un meridional que en todas las profundas escuetas meditaciones del Norte. Chalier no pudo comprender jamás que fuese realista una población inmensa, trabajadora, llena de industriales creadores y de jornaleros demócratas. Lyon, á pesar de las apariencias engañosas y de los aspectos exteriores, era realista; pero se fingía republicana; cosa inconcebible. Compréndese fácilmente que un solo individuo siga tal doble conducta y oculte su faz con una máscara hipócrita. Pero no puede comprenderse tanta doblez y perfidia en una colectividad. Sin embargo, cualquier observador diestro y adiestrado pudo temerle todo de Lyon observando únicamente la muchedumbre de frailes, emigrados, nobles, aglomerada en sus abismos, las cuales gentes, en silencio y con misterio, se conjuraban á una contra Chalier, y, para perderlo, comenzaban por deshonrarlo, atribuyéndole ideas reaccionarias en sus adentros y complicidades múltiples con la coalición monárquica. Y Chalier no hacía más que comunicar los decretos convencionales sobre los Lyonenses á Lyon, y pedirle se conformara con las disposiciones del régimen y gobierno convencional. Cuando vieron esto aquellos conspiradores malvados, ya en abierta insurrección, gritaron: «¡muerte á Chalier!» Y lo peor del caso fué que buscaron argumentos sobre cuyas bases asentar esta resolución homicida, y no pudieron encontrarlos. Ni un mal hecho en su vida, ni una mala frase en sus labios, ni una

mala idea en su mente. Así tuvieron que inventar contra él calumniosa mentira, y falsificaron una carta, en la cual invitaba á los emigrados á intentar una reacción realista, y poner la Francia entera sin escrúpulos á sangre y fuego. ¡Cuán opuesto á lo que le imputaban Chalier! La ternura le dominaba. La emoción le traía lágrimas á los ojos. Compartía su compasión íntima entre todos los seres creados. Hablaba, como San Antonio de Padua, con los peces del mar, y, como San Francisco de Asís, con las aves del cielo. Necesitaba un jardín á la continua donde cultivar las plantas, y henchía de olorosos ramos sus aposentos. Sin familia, entregaba el cuidado de su hogar á una vieja institutriz italiana, Pia, con la cual estaba en relaciones filiales. Aunque muy exagerado en sus ideas socialistas y muy violento en sus discursos, oponíase á que fueran atormentados los ricos; y magüer su apasionamiento contra los acaparadores y los usureros, impedía que los castigasen, diciendo: «no echemos por la ventana los enfermos para evitarnos la obligación de curarlos». Así, le rodeaba un comunismo del espíritu donde no entraban en común los intereses y las propiedades; pero sí entraban las ideas y las almas. Y, contra un hombre así, Lyon se levantó porque representaba con todo derecho la república y ejercía con toda dignidad el cargo y ministerio de juez republicano. Y contra este hombre gritaban muerte las muchedumbres reaccionarias. Su ingenuidad y sencillez eran tales, que á los primeros gritos exclamó: «¿piden mi vida? Pues voy á llevársela». Sus amigos le impidieron tamaña temeridad. Pero sólo encontraba jueces adversos, testigos de cargo, calumniadores de oficio; no queriendo la ciega reacción oír los testigos de descargo. En tal medio ambiente la carta que le imputaban creció, como crecen todas las calumnias en una opinión extraviadísima. Por tanto, nada tan fácil como procesarlo, en aquel extravío universal, y condenarlo á muerte. Chalier fué por su pie al cadalso. Como el Salvador, pedía piedad al cielo por las furias que lo calumniaban pocos minutos antes de su muerte. Al gendarme que lo prendiera le dió sesenta francos. Al verdugo le rogó no olvidase de ponerle su escarapela tricolor sobre el cuerpo yerto, pues moría por la libertad. Turbóse mucho el ejecutor de la justicia, y con tres golpes no pudo cercenar del cuerpo la cabeza. Fué necesario buscar otra cuchilla para concluir esta operación. Así, vivió puro y murió mártir; siendo su muerte un anuncio, en pleno triunfo republicano, de los desquites que se reservaba la reacción para el día de su triunfo.

¡Cuánta desdicha! La Vendée, cada día más furiosa, gana batalla tras batalla mientras sus enemigos, los enviados á someterla por la Convención, cometen torpeza tras torpeza. Los métodos de estas gentes son opuestos mientras los resultados idénticos. Santerre, por las buenas, cosa ninguna consigue, ni Rosignol por las malas, como no sea que le llame un gran escritor sajón cochino en plena Historia. No hay mal que por bien no venga. Los soldados salidos de Maguncia entran en Vendée, y aunque ninguna victoria opongan á los facciosos, les oponen alguna resistencia. La coalición sube y sube. Prusia por el Nord-

te, Austria é Inglaterra por el Noroeste, por los Alpes Cerdeña, por los Pirineos España; Marsella se ahoga en su propia sangre; Tolón se acoge á los ingleses; salta por los aires Lyon bombardeado y el Ródano arrastrando sus piedras calcinadas parece un río del Apocalipsis. El hambre sigue al asedio y á la matanza. Los girondinos de Kimper pasan días y días dentro de un barco escocés golpeados por las olas y por los vientos del Atlántico. Cuando quieren desembarcar y dirigirse á tomar posesión de Burdeos, acaba de llegar el asesino Talien, que acapara tan grande ciudad para la Convención y lleva en este acaparamiento como medio eficaz de conseguirlo, una triste ambulante guillotina perpetua. En vano el jacobinismo aumenta entre aquellos delirios como se aumentan las fuerzas del cuerdo con los arrebatos nerviosos de la demencia: el mal se agrava con agravación diaria sin remedio. «Antes de rendirnos á la reacción, exclaman algunos patriotas, incendiaremos á Francia por sus cuatro costados». Para que todo el mundo pueda tomar en los negocios públicos parte, se pagan hasta cuarenta sueldos diarios por la presencia de los ciudadanos pobres en las juntas municipales de barrio, las secciones como les llaman ellos. A esta sigue el levantamiento en masa. «La República, exclama Barere, es una vasta ciudad en estado de sitio». Doscientas forjas surgen alrededor de las Tullerías y del Luxemburgo para forjar los armamentos necesarios á la defensa nacional y fundir los cañones. Desde las más cultas ciudades hasta los más incultos campos, la tierra debe animarse y producir nube de voluntarios, legiones del progreso, exterminadoras del despotismo. No se oye, pues, más que un grito por todas partes: «¡franceses, de pie contra los tiranos!» No se detendrá Francia, pues, ante ningún obstáculo. En su divina ceguera de profeta no ve peligro alguno. Cree al cielo su cómplice y á la tierra su peana; por lo cual serán verdaderos todos sus oráculos y se verán todas sus profecías cumplidas. Ella no provocó á nadie, proclamando y practicando sus derechos como le plugo; la Europa monárquica se ha lanzado sobre su cuerpo inerme; tiene que defenderse con dientes y uñas. Cada niño será un soldado; cada soldado un general. No le importan los dispendios; la tierra nacional ofrece una mina inagotable. No le importan los enemigos; nunca su número contó; ahora mucho menos. No existe más que una ley: la salud del pueblo. Se sumarán las fuerzas de todos sus hijos; se verá latir al aire libérrimo el corazón de la multitud. Contra el enemigo extraño la victoria; contra el enemigo interno la venganza; contra todos el terror. Así, las casas de detención y las cárceles rebotarán de presos. En cambio, habrá cuarenta y cuatro mil comités republicanos, los cuales darán de sí millares y millones de hombres. El suelo de la república purgado quedará de todos los traidores. Los tribunales revolucionarios no tendrán un día de descanso. El pueblo asegurará la victoria con su vena creadora; y, en su justicia, cumplirá su venganza. He ahí extendido ya el terror.

Podía discutirse la eficacia del terror; lo que no podía discutirse la necesidad de recon-

centrar el poder, y reconcentrado, dirigirlo contra los sendos elementos de combate que pugnaban los unos por la reacción realista y religiosa en Francia, los otros por la desmembración ó el fraccionamiento federal. Dantón el mayor político de todos los montañeses, echaba muy de menos el gobierno, un gobierno concentrado y vivo y fuerte. Práctico esencialmente práctico, sostuvo no haber necesidad alguna de inquirir lejos tal gobierno; podía encontrarse con facilidad en algunas de las Comisiones organizadas y estatuidas por la Convención. Había tantas, que se necesitaba un esfuerzo para distinguirlas unas de otras y señalar la verdadera índole de cada una en el conjunto de todas. Mas por su propia virtud y por su conocida eficacia resaltaba el Comité de Salvación Pública y en el Comité de Salvación Pública se fijó con su maravilloso tacto práctico Dantón para erigirlo en gobierno. Todas las fracciones habían á formar y componer contribuido con empeño. Girondino en su primera época no dió las consecuencias girondinas connaturales á su formación por descuido de aquellos que primero lo formaran. Rotos, encarcelados ó perseguidos, la mayor parte de los diputados que constituían la Gironda, pasó el Comité á poder de Dantón. Abogado desde su primera juventud; revolucionario por instinto, desde la niñez, cuando la razón todavía no iluminaba sus varias facultades; regidor en París y por lo mismo en cierto grado y hasta cierto punto copartícipe de la dictadura comunera; oráculo del club de los franciscanos como Robespierre lo fuera del club de los jacobinos; verbo con Vergniaud en el Congreso Legislativo; gran muñidor en la Convención; dueño de una parte del poder público por la victoria sobre la Monarquía en Agosto del noventa y dos; profundo en la intención, exaltado en el patriotismo, experto en los negocios, conocedor de los hombres; con resolución extrema en la voluntad y con palabra elocuentísima en los labios; fuerte al combatir y al triunfar débil; lleno de franqueza y enemigo de toda servil adulación; muy dado al placer siempre y al trabajo en intervalos larguísimos; tan pronto en acometer y asaltar como fácil para volverse á sus tiendas; menospreciador del peligro, indócil á la disciplina; tan temerario en la guerra como mirado en la diplomacia; sujeto á ceguerras de crueldad contrastadas por arrebatos de misericordia; regocijado y alegre sin ligereza; pensador sin pesadez; efusivo y reservado según sus conveniencias, pertenece Dantón á los primeros hombres de la Historia, y bien estudiado resulta el primer estadista de la Revolución. Si á sus rápidas ojeadas y á sus continuas inspiraciones juntara la frialdad en el raciocinio y la perseverancia en el procedimiento, dirigiera siempre la política en tan desechada borrasca. Hombres distinguidos, sino eminentes le acompañaban en el Comité de Salvación Pública: Delacroix, su segundo; Teslhar, jurisperito, Breard, experto administrador; Delmar, buen militar, allí donde había muchos excelentes; Morveau, magistrado; Cambón, el hacendista por excelencia de período tan fecundo, y cuyas obras capitales aun subsisten; Lindet, el acusador de Capeto; Barere, el vocero de todas las causas, el sacerdote de todas las iglesias, el oráculo de todos los sistemas, el solven-

tador de todos los conflictos, viendo á la continua el pro y el contra y sirviéndolos alternativamente al mismo tiempo, juguete de las circunstancias y esclavo de los hechos. Penetrado el Comité de la grandeza enorme y de las dificultades varias anejas al destino que debía cumplir y al ministerio que debía ejercer, estudiaba un plan entero de combate por mar y tierra; escrutaba las ideas políticas y los procedimientos habituales de tanto y tanto general como pululaba entonces por todas partes; revisaba la composición de los estados mayores; seguía la marcha de los ejércitos; velaba por las provisiones; requería de todas las fábricas armas y pertrechos; aumentaba la caballería en tierra y en mar la escuadra; ejercía inspección celosa sobre los cuerpos administrativos y manejaba la Comisión ejecutiva; disponiéndose contra la guerra de los irruptores y tratando de apagar bajo sus plantas la guerra civil.

Una vez constituido y organizado el comité, funda lo más necesario, su relación íntima y perpetua con los delegados remitidos á las tropas en quienes busca la vigilancia indispensable á la mejor gestión militar, y una obediencia sin la cual no puede vivir un gobierno, á quien no le importa tanto saber que manda como saber que se cumplen sus mandatos. En seguida, sin disolver la comisión ejecutiva, le dice que depende por completo del Comité de Salvación, y que cada ministro le debe cuenta exacta y minuciosa de sus proyectos y de sus actos. Los miembros del ejecutivo se apresuran á obedecer; mas el Comité de Salvación Pública les responde no haberle satisfecho ni sus actos ni sus informes, pareciéndole muy atrasado el ministro de la Marina, indeciso el ministro de la Guerra, perezoso el ministro de Estado, trapalón y fullero el ministro de Hacienda. Con estos medios á diario crecía su influencia, y esta influencia se condensaba y organizaba en público poder. Y bien lo había menester; porque los ingleses aceleraban sus armamentos; las huestes francesas se veían en todas partes contrastadas por España, Holanda, Rusia, Alemania; Dampierre sucesor de Dumouriez, moría en el Norte; los austriacos se apoderaban de Famar; Custine retrocedía, mientras, avanzando, triunfaban los vendeanos también, la insurrección federal devoraba, como un gangrenoso cáncer, toda la república; y en esta horrible situación, dos partidos, uno que deseaba salvarlo todo por la legalidad y la justicia, otro que deseaba salvarlo todo por la dictadura y por la violencia; tan enemigos entre sí por sus procedimientos contradictorios, como pudieran serlo vendeanos y democratas por sus contradictorias ideas. Así, no se daba cuartel en aquella guerra civil entre los dos partidos republicanos; la Gironda creía que la Montaña iba derecha y sin remedio á deshorrar la república con sus violencias; la Montaña creía que la Gironda iba sin remedio á destruir la república con sus contemplaciones. De aquí todos cuantos episodios se dilatan entre girondinos y montañeses desde Marzo hasta Junio del noventa y tres. Por enronces la Gironda cae vencida. Y allí no se cae para levantarse. Quien tropieza, cae, y quien cae no se levanta nunca. El verdugo aparece como el gran árbitro entre las facciones en lucha; la

guillotina como la solución aceptable. Allí no se desata nudo alguno; se cortan todos. Así, tras una terrible acusación de Saint-Just, la Convención se limpia de la Gironda, y los girondinos quedan fuera de las leyes y designados á la voracidad insaciable del verdugo. Caída la Gironda, predomina en el comité Dantón; predominante Dantón, queda señalado con todos los suyos á la muerte. Robespierre va creciendo, y su crecimiento indica la mengua de los dantonistas, cansados ya del terror y propensos á la misericordia que se imponía en aquellos destronamientos del genio. Así, los jacobinos se volvieron á una contra el Comité por creerlo predominio y dictadura de Dantón. Para ello se necesitaba un pretexto, y el pretexto fué hallado con suma facilidad. El Comité de Salvación Pública dirigía la guerra, y la guerra iba cada día peor. Parecía á la Montaña que no debía suceder esto, contando tantos militares como contara en su seno el Comité. Pero, tal razón era sólo aparente. La verdad estaba en que los jacobinos desconfiaban de una institución que tan compasiva se había mostrado con la Gironda. La ola revolucionaria subía y subía, sin que nadie pudiera detenerla y conjurarla. Y el termómetro que señalaba el ascenso de tanto calor era el comité. Girondino, cuando esta escuela representaba la mayoría del Parlamento; dantonista, cuando recogió esta mayoría Dantón; ahora entraba en pleno jacobinismo que desenfundaba la revolución.

El descarte de Dantón y de los dantonistas indicaba perfectamente que la dictadura no sentiría ningún escrúpulo, ni se detendría jamás ante límite alguno. Desde luego debe observarse que no tenía necesidad Robespierre de autorización oficial para ser el motor inmóvil de la institución. Aunque no pertenecía oficialmente á ella, frecuentaba sus sesiones, decía su parecer, mostraba su juicio con mayor autoridad real y mayores efectos tangibles que todos los comisarios sumados. Aunque tales comisarios subieron desde Septiembre del noventa y tres hasta el terrible Thermidor en que se disolviera, á once, llamáronse á la romana decenviros, cual si fuesen diez. El Comité de Salvación Pública ejerció una constante dictadura sobre la Convención, y sobre el Comité á su vez ejerció constante dictadura Robespierre. ¡Extraño estadista! Sin el genio de Mirabeau, sin la voluntad de Dantón, sin la elocuencia de Vergniaud, sin el talento administrativo de Roland, sin la ciencia de Cambón se había elevado á donde nunca llegaran estos históricos protagonistas de la revolución. Treinta y cinco años tenía en el momento de elevarse á la jefatura del Comité y por ende asumir la efectividad del gobierno. Descendiente de magistrados, magistrado él mismo, estuvo inscrito en aquella clase casi mecánica de togados que tan triste oligarquía formara en el antiguo régimen. Nadie le oía en el Congreso constituyente. Lo flaco de sus carnes, lo débil de su voz, lo mustio de su mirada, lo monótono de su palabra, lo escolástico de sus formas le redujeron á una relativa obscuridad, quedándose los Estados Generales desiertos en cuanto resonaban sus nasales dejes. Lo que indudablemente tuvo fué un genio de organización que le sirvió para constituir la sociedad madre de los jaco-